

**Servando Ortoll y Julia Preciado, Coords. *¿Por Dios o por la Mitra? Obispos, cristeros, evangélicos, 1926-1992. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2016, 150 pp.***

Alejandro Rodríguez Mayoral  
Universidad de Texas El Paso (UTEP)  
Correo: alejandro\_rodriguez-mayoral@outlook.com

**RECIBIDO:** 18-11-2019

**APROBADO:** 27-01-2020

Una de las mejores aportaciones recientes al estudio de la Cristiada es el presente libro, compuesto de siete capítulos que están ordenados temáticamente, siguiendo enfoques de corte histórico, literario y sociológico. Sus apartados ofrecen interpretaciones novedosas de autores como Jean Meyer, Servando Ortoll, Annette B. Ramírez de Arellano, Alma Dorantes, Julia Preciado, Agustín Vaca, Eduardo de la Vega Alfaro y Rosario Vidal Bonifaz. Este libro es importante porque discute nuevamente a la Cristiada bajo el entorno actual, que ofrece una mayor libertad de expresión, apertura y disponibilidad de las fuentes de consulta.

Los capítulos examinan los antecedentes del conflicto entre la iglesia católica y el estado mexicano, los artículos anticlericales de la constitución política de 1917, la iglesia cismática, las soluciones al conflicto a través de la diplomacia y/o la violencia, los eventos poscristeros y la evolución del campo de estudio de la Cristiada. El lector conocerá el proceso de la insurrección (1926-1929), las pugnas internas en la iglesia católica y el seguimiento a representantes de la iglesia y el estado, como Plutarco Elías Calles, Lázaro Cárdenas, José Mora y del Río, Pascual Díaz y Barreto, Francisco Orozco y Jiménez, Luis Bustos y Enrique Goroztieta.

El argumento del libro atiende los intereses y las estrategias que compartieron la iglesia católica y el estado mexicano para pacificar a los cristeros, una vez que lograron

“los acuerdos” en junio de 1929. La primera parte del argumento sostiene que la iglesia católica pudo lograr la pacificación entre sus fieles cuando controló el arzobispado a través de Pascual Díaz y Barreto. Este arzobispo se encargó de expulsar a los líderes eclesiásticos insurrectos de México, en cambio, a los líderes rebeldes que ya estaban afuera, los mantuvo. La mitra ordenó a los rebeldes dejar las armas y olvidar la rebelión. Posteriormente, la iglesia implementó la “conjura del silencio”: una disposición para no hablar de la insurrección en público. A pesar de esto, la Iglesia permitió divulgar novelas y memorias en la revista *David*, que compartía experiencias en la rebelión.

La otra parte del argumento señala que los gobernantes y militares del estado mexicano atacaron y persuadieron a los cristeros para terminar el conflicto. Tras el paso de los acontecimientos, el estado pudo llegar a un acuerdo con la iglesia para pacificar al país. Logrado el convenio, el estado censuró la información que refería al conflicto, en los medios de comunicación y en la industria cinematográfica.

En la introducción del libro, Servando Ortoll y Julia Preciado comentan el desarrollo del movimiento cristero, los posicionamientos, las alianzas y las estrategias de los religiosos. Aquí sobresale George Joseph Caruana, el obispo de Puerto Rico y delegado apostólico en México. A través de él se explican las disposiciones del Vaticano para conseguir el consenso entre las diócesis mexicanas. También es mencionado el obispo de Tabasco, Pascual Díaz y Barreto, un rebelde que se apaciguó, hasta el punto de haber declarado que ningún obispo mexicano apoyaba la rebelión (p. 18).

Por esta declaración Ortoll supone un posible pacto entre Díaz y el gobierno mexicano para pacificar a los rebeldes. La idea original era que Díaz obtuviera la mitra, y una vez detentando el poder de la iglesia, podría tranquilizar a obispos y a fieles. Y eso ocurrió: Díaz se convirtió en arzobispo, sometió a los eclesiásticos y aplicó la “conjura del

silencio”. De ahí que la portada del libro tenga la fotografía del Arzobispo Díaz con la mitra en su cabeza.

En el capítulo, “¿La espada o la oración? Dos organizaciones católicas estadounidenses y el conflicto Iglesia-Estado en México, 1926-1929”, Ortol y Annette Ramírez hacen referencia a la National Catholic Welfare Conference (NCWC) y los Knights of Columbus, ya que ambas organizaciones atacaron al gobierno mexicano durante el conflicto, movilizaron la opinión pública y recaudaron dinero para apoyar a su contraparte mexicana, ante el temor de ver afectados sus intereses.

Los autores destacan la presión que ejercieron los Knights al gobierno del presidente John Calvin Coolidge, con la intención de convertir el problema religioso en México en un conflicto binacional para que también les incumbiera. La postura de los Knights fue radical al inicio, pero luego la cambiaron a moderada. Los Knights enfrentaron al bolchevismo y comunismo que vieron representado en el Estado mexicano. Este apartado matiza a John J. Burke de la NCWC y a Dwight W. Morrow, el embajador de los Estados Unidos de América, quienes lograron el acuerdo de paz con Calles y con Emilio Portes Gil, los representantes mexicanos.

En el capítulo siguiente, “Los ‘otros’ mártires: evangélicos y católicos en tiempos de la persecución religiosa”, Alma Dorantes distingue que los protestantes utilizaron la constitución para ejercer su derecho a la disidencia, solicitaron templos católicos abandonados y denunciaron infracciones legales del clero, sacerdotes y católicos, además de probar las complicidades entre la iglesia y la autoridad civil. Dorantes interpreta que este ambiente afectó el sentimiento de los católicos, quienes percibieron que sus intereses estaban dañados porque los evangélicos habían establecido una alianza con los anticlericales, los yanquis, los socialistas y los anarcosindicalistas. Este posible acuerdo

provocó que los católicos manifestaran tanto odio como miedo hacia los protestantes, a quienes prohibieron, excluyeron, persiguieron e incluso, asesinaron, ocasionando una intolerancia religiosa que se extendió más con la promulgación de la ley Calles.

El capítulo “¿Convencer o embaucar? Tácticas militares para pacificar a los cristeros”, escrito por Julia Preciado, sostiene que el ejército y la iglesia no representaron instituciones monolíticas, ya que tuvieron fracturas y divisiones internas. Preciado remarca el trabajo de los militares en el desarrollo y en el desenlace del conflicto cristero, estando en momentos por encima de los gobernadores. Aquí se ve que los jefes de zonas de operaciones militares usaron tanto la fuerza bruta como la persuasión y el convencimiento. Por ejemplo, sobresale el pacifismo del general Lázaro Cárdenas del Río en Michoacán, antes de “los arreglos”. Cárdenas aglutinó su poder como gobernador y como jefe de operaciones militares para resolver problemas y mantener una independencia política que otros gobernadores no poseyeron. Al igual que Cárdenas, destaca Andrés Figueroa, el jefe de zona en Jalisco, por haber utilizado intermediarios, diputados y presidentes municipales para persuadir a los cristeros a dejar sus armas, ofreciéndoles el indulto o la pena capital.

En el siguiente capítulo, Eduardo de la Vega y Rosario Vidal escriben “Una mirada cinematográfica a la ‘pacificación’ de 1929: De todos modos Juan te llamas (Marcela Fernández Violante, 1974)”, donde muestran la censura a la Cristiada en el cine. Habiendo analizado la película *De todos modos Juan te llamas*, los autores observaron la tolerancia del presidente mexicano Luis Echeverría Álvarez para tratar la Cristiada en los años setenta, mostrando una mayor apertura y democracia que en años anteriores. Esta tolerancia se reforzó con el trabajo del hermano del presidente, Rodolfo Echeverría, encargado del Banco Nacional Cinematográfico.

En otro de los apartados titulado, “La conjura del silencio y los conjurados”, Agustín Vaca observa el tiempo en que la iglesia católica controló a sus dirigentes y contuvo a la Cristiada en el olvido. Vaca recalca la postura del grupo en el poder eclesiástico que deslegitimó a la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDR) y obstaculizó el proceso para beatificar cristeros. Aunque la Iglesia permitió publicar “historias noveladas” en la revista *David*, ésta demeritó sus contenidos escritos por campesinos. Además, la Iglesia quemó el archivo de las Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco para borrar evidencias, y prohibió consultar archivos eclesiásticos. Con el tiempo este grupo dominante perdió el poder de la iglesia, siendo remplazado por otro que rescató la memoria de los cristeros, logrando que en 1992 la iglesia elevara a 21 cristeros caídos, a la categoría de santos.

El último capítulo del libro es “A la distancia, la cristiada”, escrito por Jean Meyer, en él relata su experiencia en el tema, desde las entrevistas que realizó a los sobrevivientes de la insurrección, hasta cuando supo de la imposibilidad para consultar los archivos de la iglesia, los militares y los gubernamentales. Ahora, Meyer celebra el libre acceso a los archivos y la posibilidad de estudiar la Cristiada bajo diversos enfoques, difundiendo el tema en distintas maneras, y siendo precavido al consultar las memorias.

*¿Por Dios o por la Mitra? Obispos, cristeros, evangélicos, 1926-1992*, explica el conflicto iglesia y estado, siguiendo varios enfoques. Este libro muestra que Calles pudo debilitar a la iglesia católica como nunca antes el estado lo había logrado; exhibe acciones y comportamientos de grupos involucrados en la insurrección; exterioriza que los católicos vincularon a los evangélicos con las ideologías bolchevique, anarquista, socialista y comunista, y examina a los protestantes, identificando campañas propagandísticas en lugares distantes de México, y la consecuente respuesta católica moderada o intolerante.

Esta obra constituye una lectura obligada para conocer el México moderno, y demuestra que la Cristiada es un tema de investigación más vigente que nunca.